

DE PATITO FEO A MUJER SOFISTICADA

LAS METAMORFOSIS DE SHIRLEY McLAINÉ



El personaje hecho célebre por Shirley McLaine, caricatura suave de la americana media, explotado quizá en demasiados films, va a dejar paso, en los próximos que interprete la actriz, al de mujer sofisticada hasta el grado máximo.

SHIRLEY McLaine había sido, hasta ahora, el patito feo del cine americano. Había jugado todas sus bazas a esta carta. Desde sus comienzos, de la mano de Hitchcock, en «Pero... ¿quién mató a Harry?» hasta sus últimas películas. Su especialización en el género cómico, del que sólo se ha apartado en contadas ocasiones —«Dos amores», «El apartamento»—, se adecuaba bien con el tipo físico que se había ido creando. Aquella insignificante muchacha que hacía de un modo gris la princesa india de **SIGUE**





WVERDE



Los polvos higiénicos de talco

CALBER

son siempre de igual calidad y
eficacia pero adoptan una más
moderna presentación

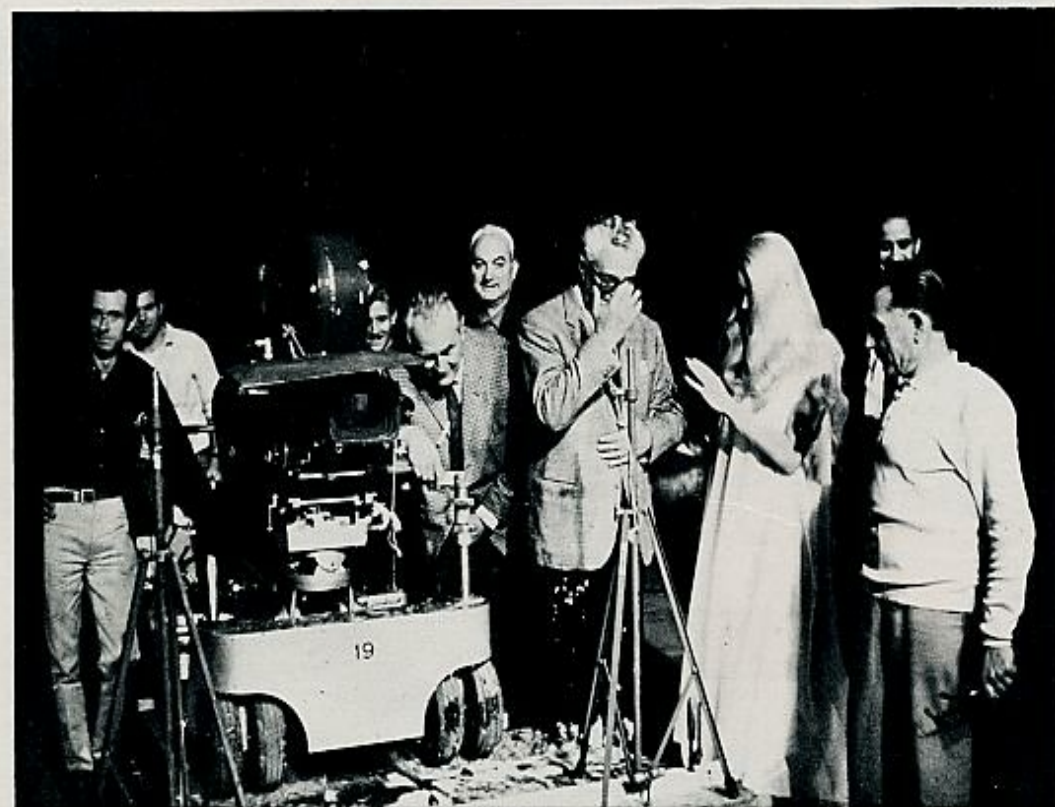
PARA LAS IRRITACIONES REBELDES BALSAMO CALBER

«La vuelta al mundo en ochenta días» había dejado paso a la cada día más personal actriz de «Como un torrente» —el inefable bolso en forma de conejito!— o de tantas y tantas películas que la convirtieron en una de las actrices más cotizadas de los últimos años. Desgarbada, haciendo exhibición de sus pecas y alarde de la pequeñez de sus expresivos ojos, vestida de cualquier manera, la McLaine era como una caricatura de un tipo muy corriente de muchacha americana, situada en la capa social intermedia, sin demasiada inteligencia y desde luego sin ninguna elegancia, pero con un encanto que dimanaba precisamente de su torpeza y su espontaneidad. En los últimos tiempos, sin embargo, su personaje pareció dejar de interesar. Quizá el público se había cansado de la repetición o posiblemente ella misma había agotado todos sus recursos. El hecho es que vino una época si no de eclipse sí de media tinta, con su secuela inevitable: las películas en Europa, lo que para un actor o una actriz americanos representa el comienzo del declive, por mucho que se intente disfrazarlo.

Hollywood, capital y cuna del «star-system», no deja marchar a sus estrellas más que si han dejado de interesarle. El caso de una Loren es la excepción que confirma la regla, y en él juegan los complicados sistemas de producción con los que funciona Carlo Ponti. Pero, en general, puede decirse que, aunque se esgriman para la publicidad razones de prestigio o de evitación de las cargas del fisco, cuando un intérprete empieza a repartir sus actividades entre Francia, Inglaterra e Italia es que las cosas no van demasiado bien para él en el mercado internacional. Por otra parte, y al margen de los asuntos referidos exclusivamente a la cotización en la bolsa de actores, en un momento dado se habló de la posibilidad de que la McLaine se viera obligada a abandonar toda actividad cinematográfica a causa de una afección de la vista. En aquellos momentos, la actriz realizó una especie de recorrido sentimental por los países que aún no conocía, envuelta en un ancho abrigo y oculta tras unas enormes gafas negras, un poco como sombra de sí misma y otro poco como nueva versión de la legendaria Carbo errante. Luego vino la reincorporación al trabajo con films mediocres: «Una yanqui en el harem», «El Rolls-Royce amarillo»...

SIGUE

SHIRLEY McLAINE



Arriba, Shirley McLaine en la danza de los siete velos. Abajo, junto a Vittorio de Sica, que le da consejos para el rodaje.

SHIRLEY
M. LAINE



Entre medias, una película rodada en Hollywood, montada exclusivamente sobre la estrella y en la que se iniciaba, o se pretendía iniciar, una transformación de su personaje: «Ella y sus maridos». Allí, la McLaine, en uno de los episodios, aparecía como una mujer tremendamente sofisticada, exhibiendo toda una serie de extravagantes modelos y exageradamente maquillada. La película no dio los resultados previstos, a pesar de la concentración de nombres populares —Robert Mitchum, Gene Kelly, Dick van Dike, Robert Cummings, etc.— en el reparto. Un excelente guión de Betty Comden y Arthur Freed, maestros de la comedia brillante de la época dorada de la M. G. M., no lograba ser sacado a flote por la mediocre y poco inspirada reali-

se en esta línea, a llevarla más adelante. Shirley ha escogido como asesor a William Klein, un fotógrafo especializado en este tipo de trabajos que ha probado suerte en el cine con varios cortometrajes y un largo, «Qui êtes-vous, Polly Magoo?», del que informamos en un número anterior y centrado en el mundo de las modelos y los realizadores de programas de televisión. Se trataba de un film loco, loco, loco, de plástica futurista y lleno de «private jokes» referidos al mundillo «in» parisino. Nadie mejor, pues, que Klein para moldear el nuevo rostro, el nuevo aspecto de la nueva Shirley McLaine. Suyas son las fotografías en color que componen, con la portada, el reportaje que publicamos. En ellas Shirley, sin perder un ápice de su expresividad, aparece radicalmen-



Shirley ha escogido como asesor al fotógrafo William Klein, especializado en una línea sofisticada, como la seguida ahora por la actriz. Klein ha moldeado su nuevo rostro, lejos de la muchachita americana media, y la hace madura y joven.

zación de J. Lee Thompson. Al propio tiempo, la transformación de la McLaine tampoco se llevaba a sus últimas consecuencias, y quedaba siempre un regusto del personaje en el que se la había encasillado y con el que se hizo famosa. Las cosas, pues, no cambiaron.

Ahora parece que se ha emprendido en serio la última tentativa. «Gambito», al lado de Michael Caine, y «Siete veces mujer», bajo la dirección de Vittorio de Sica, han sido sus últimas interpretaciones, siempre en Europa. Ya en ambas se inicia el cambio, en el sentido de una sofisticación hasta ahora inhabitual en la actriz. Decidida a mantener-

te cambiada, puesta al día, más madura y más joven al mismo tiempo. Queda lejos la muchachita insignificante, el patito feo. Nace una mujer diferente, más viva, más de hoy. Queda por venir ahora, una vez «fabricado» el tipo, el director que le dé entraña cinematográfica, en la línea de un Donen, por ejemplo. En cualquier caso, habrá de tratarse de un director americano. La sofisticación, tal como puede asumirla la McLaine, ha de proceder del otro lado del Atlántico. Para la sofisticación a la inglesa —en realidad el concepto procedo de las Islas Británicas— quizá sea ya demasiado tarde.

Fotos color: W. KLEIN-Magnum
Agencia Zardoya

